

de habían venido; y estando embasando sus pipas ó vasijas, saltan de súbito, según les pareció, hasta 70 indios, y ántes que los españoles se revolviessen, los tenían, á 47 dellos, con hierba, ponzoñosa, heridos. Tomáronles la una barca ó barcas y hácenlas pedazos luégo; creo que de los heridos huyeron al navío, nadando, ó en la una barca, pero llegados á los navíos todos los heridos murieron, que no se escapó sino sólo uno vivo. Escondiéronse siete dellos en unas concavidades de cierto árbol grande hasta que anocheciese, para se ir después á las naos, ó nadando, ó que viniesen por ellos; pero como en aquella noche, por no rescibir más daño y por creer que aquellos serian muertos, se hicieron á la vela, no hobó más memoria dellos.

Partióse, pues, del puerto de Sancta Marta, Colmenares, con la pérdida dicha de los españoles, y con extrema tristeza, para el golfo de Urabá derecho, por tomar de allí alguna nueva donde hobiese parado Diego de Nicuesa, el cual, no viendo ni oyendo persona ninguna en la parte de Oriente del golfo, donde creía que podían estar Hojeda ó los suyos, quedó espantado, si eran todos muertos ó á otra parte idos, no sabiendo qué fuese dellos. Acordó de tirar muchos tiros de artillería, por que si por allí estaban lo oyesen, y hacer muchas hogueras ó ahumadas de noche y de día sobre unas altas peñas. Atruénase todo el golfo de una parte á otra, que tiene de ancho seis leguas; oyéronlo con espanto los del pueblo de Sancta María del Antigua, y las ahumadas también vieron; responden con otras tales muchas veces, por manera que atinó Colmenares, que cristianos debieran estar á la parte del golfo de la mano derecha ó del Occidente; finalmente, hobo de llegar á ellos, quasi mediado Noviembre, año de 1510. Fué inestimable la alegría y gozo que con su venida todos rescibieron, con todos los trabajos y muertes y adversidades que cada uno dellos habían padecido. Preguntando por Nicuesa ninguna nueva le dieron; todo el gozo de los unos y de los otros, de tristeza y dolor tenía harta mezcla. Repartió de los bastimentos que traía con todos aquellos, por manera que contándose los unos á los otros sus duelos, con el pan y comida que de nuevo á los que estaban venía, les fueron tolerables y buenos. Con esta liberalidad, que Colmenares de los bastimentos con ellos hizo, ganó las voluntades de los más que resistían que no se llamase para

los gobernar Nicuesa, y así ganada la opinión contraria, ó la mayor parte, acordóse que fuesen á buscar á Nicuesa, y hallado lo convidasen y rogasen tuviese por bien de venir á gobernarlos, porque ellos se le querian subjectar. Enviaron para ello con Colmenares á uno llamado Diego Albítez, y al bachiller Corral, y el cargo principal dieron á Colmenares.

## CAPITULO LXV.

\* De lo que había sucedido á Diego de Nicuesa.— De cómo se separó Lope de Olano extendiendo la voz que Nicuesa se había perdido y ahogado. — Entrase Olano por el rio de Veragua, y de las hambres y angustias que allí padeció.— Terribles extremos á que se vieron reducidos Nicuesa y los suyos, durante tres meses que permanecieron en una isla destituida de todo recurso.

Dejemos partidos á los mensajeros ó procuradores que van á buscar y á llamar á Diego de Nicuesa, sin saber dónde estaba ó qué había sido dél, y contémoslo aquí hasta el punto que Colmenares y los mensajeros le hallaron, y será referir una tragedia de las más infelices y desastradas que acaescieron después en estas partes. Metióse, pues, Diego de Nicuesa en una carabela, y mandó que con él junto fuesen siempre los dos bergantines, en uno de los cuales mandó que fuese por capitán Lope de Olano, que era su Capitán general en toda la armada, y las naos grandes ordenó que fuesen más metidas en la mar, por miedo de los bajos, y él se iría más llegado á tierra, todos en demanda de Veragua, hizo se á la vela é del puerto de Cartagena, desde á poco que salió de él Alonso de Hojeda, con el intento y órden que se ha contado. Comenzó luego la mar y vientos á serle contrarios, porque se levantó gran tormenta, y llegando sobre la costa ó ribera de Veragua, una noche, por huir de los peligros que padescen los navíos, andando de noche cerca de tierra, y el remedio general es hacerse á la mar, tomó para sí también Nicuesa, y en anocheciendo apartóse de la tierra con su carabela, estimando, como se debía estimar, que los seguía, con los dos bergantines, Lope de Olano; pero no lo hizo así, ántes, cerca de una isleta, estuvo aquella noche

(como dicen los marineros), al reparo. Aquello dijeron que hizo por miedo de la tormenta, y algunos, y el mismo Nicuesa, tuvieron sospecha, que por alzarse con el armada y gobernacion lo hizo Lope de Olano; alguna presuncion se pudo tener de esto contra él, porque fué uno de los que anduvieron en esta isla, con Francisco Roldán, contra el Almirante, alzados, de los cuales arriba, en el libro I, escribimos largo, é yo sé que fué dellos uno Lope de Olano.

Así que como amaneció y no pareció la carabela donde iba Nicuesa, no curó de ir á buscarlo, ántes se arrió á buscar las naos, las cuales halló en un rio que llamaron el rio de los Lagartos, y así se nombra hoy en las cartas de marear, y hoy se llama comunmente rio de Chagre, está, de lo que llamamos hoy el puerto y ciudad del Nombre de Dios, 20 leguas largas. Llegado allí, halló las naos quasi descargadas de todos los bastimentos y hacienda que tenían, porque de la bruma estaban todas comidas que se anegaban; allí echó fama Lope de Olano que Nicuesa era perdido y ahogado, y que por gran ventura él se había escapado, y como fuese Capitán general de Nicuesa, ó porque todos lo eligieron de nuevo, ellos le obedecían y él los mandaba; y dijeron algunos, que, de industria, dejó las naos en cierta punta del rio de Belem, donde las hizo pasar con la gente para buscar allí asiento para poblar, que dista cuatro ó cinco leguas del de Veragua, porque se perdiesen, porque de salir de allí los españoles, como andaban hambrientos y atribulados, perdiesen el ánima. Y porque las naos quedaban en dicha punta, que no podían entrar en el rio por ser baja la entrada, él embarcado en una barca de gente bien esquivada (quiere decir llena y bien aparejada), en la entrada del rio, con la resaca y braveza de la mar, se lejanegó la barca y se le ahogaron 14 hombres, salvándose él por gran maravilla, con otros que supieron bien nadar; estuvo en tierra con los demas, sin comer cuatro dias, porque por la tormenta no pudieron sacar bastimento ninguno de las naos del rio de Belem, que está, como dije, cuatro leguas de Veragua, al Oriente.

Metido en los bergantines, y una barca, con la gente que pudo caber en ellos, entró por el rio de Veragua, en el cual mandó que hiciesen catas para saber si había oro, y hallando mucha muestra dello, negábanlo diciendo que no había oro ni co-

mida, sino que era tierra desesperada; esto hacían y decían porque andaban todos ya muy angustiados; y porque no pensase de perseverar en aquella tierra Lope de Olano, y buscar remedio para se pasar á esta isla, por escapar de donde temian perecer de trabajos y hambre. Los que quedaron en el rio de Belem, como comían por tasa, y por no tener convenientes moradas, porque estaban en chozas, que la humedad de la mar, y por las muchas aguas que llovía, y de lagas que se les hacían de los muchos mosquitos que había, y más de verse atajados y sin esperanza de salir de allí, atribulados moríanse muchos, no taron, en estas angustias estando, que nunca moría alguna, sino cuando la mar meneguaba; y como los enterraban en el arenal, experimentaron que en ocho dias eran comidos los cuerpos como si hobiera cincuenta años que los hobieran enterrado, lo cual tomaban por mala señal, entendiendo que áun el arena se daba prisa á acabarlos. Afidióseles otro no chico trabajo, que una noche hizo tanta tormenta en la mar, que les comió el arenal donde tenían hechas sus chozas, por donde tuvieron necesidad de hacerlas más dentro, que les fué desconsuelo doblado. Volvió Lope de Olano de Veragua al rio de Belem, donde la otra gente de que agora hablamos estaba, y comenzó á mandar que se hiciese una carabela de las tablas de las naos que la mar había hecho pedazos; la fama ó título que se publicó era, que la carabela quería hacer para que se pasasen á esta isla, pero también se dijo que era para se aprovechar della por allí, é no para salir de aquella tierra, donde pensaba quizá ser rico. Comenzada la carabela, y andando en la obra della adelante, acabáronseles los mantenimientos, y fué tanta la hambre que padecieron que no puede ser creída; acabó de parir una yegua, que allí tenían, como lobos hambrientos arremetieron á comer las parias que echó con el hijo, y se las comieron.

Entre estas angustias que Lope de Olano y la gente que con él andaba padecía, no faltaban desventuras misérrimas y terribles tormentos al infelice Nicuesa, el cual, como amaneciese, pasada la noche de la tormenta, y no viese á los bergantines que traía Lope de Olano á par de sí, como creía que tras él venían, fué grande su tristeza temiendo no fuesen perdidos. Volvió luego con su carabela, sobre la costa, y visto un rio, metióse por él hallando abun-

dante fondo, porque venia, de las grandes lluvias que hacia en las sierras, muy avenida, el cual, en muy breves horas menguó tanto, sin casi sentillo, que la carabela tocó en el arena, y no teniendo sostenido de lado consigo. Viendo un marinero que la carabela se abria, saltó de presto en el agua con un cabo, que llamamos los hombres de tierra sogá, para la atar en algun árbol en tierra; pero fué tan vehementemente la corriente que el rio traia, que, no teniendo fuerzas para nadar y vencerla, lo llevó y sacó á la mar, donde no pudo ser de ninguno socorrido. Saltó luego otro, no curando de la muerte del pasado, con aquella ó otra sogá, y vencida la corriente, salió á tierra y á un árbol atóla, y por ella salió Nicuesa y los demas como por puente, aunque no tan enjutos ni tan alegres como si fueran por la de Alcántara, ni aun como por la de Sevilla. Perdióse allí con la carabela cuanto bastimento y cosas traian, y así quedaron sin comer y sin vestidos, mojados, angustiados y más que tristes. Acuerda Nicuesa tomar por remedio, sólo uno que habla, que fué caminar por sus piés al Occidente, buscando á aquella negra de Veragua que tanto caro, ánu hasta entónces, costado le habia; y plugiera á Dios que allí sus trabajos se le fueran concluidos. Tomada la barca de la carabela, mandó ir cuatro marineros en ella por la mar, con inmenso peligro, para pasar los esterios y rios que no pudiesen pasar á pié, y comiendo hierbas y marisco que tomaban de la ribera, y muchos descalsos y cuasi todos desnados, andan los tristes y atribulados su camino, pasando cienagas muy lodosas, y anegadizos, y muchos rios y arroyos, y muchas veces sin camino, y lo que mayor dolor les causaba no saber dónde Veragua era, y si bien ó mal iban.

Una mañana, cuando de donde habian dormido se querian partir, llevando un paje de Nicuesa un sombrero blanco en la cabeza, algunos indios, que debian espiallos, creyendo que el que llevaba el sombrero blanco debía ser principal, ó Capitan entre ellos, desde el monte le tiraron una vara, y diéronle en tal lugar, que fué luego muerto con ella; causóles este desastre, mayormente á Nicuesa, mucha angustia, sobre las que llevaban y tenian. Llegaron un día de su peregrinacion á la punta ó cabo de una enseñada, ó abra grande, que hacia la mar, y por ahorrir camino acordaron de pasar en la barca, su poco á poco á la otra punta. Ellos pasados, hallaron que aque-

CI-II.MOT

llas puntas, ó la una, eran de una isleta des poblada de todo consuelo y remedio, que ni ánu agua no tenian; viéndose así aislados, sobreviéndoles gran desmayo, y cuasi estuvieron puestos en total desesperacion de remedio. Los cuatro marineros que iban en la barca, viendo que siendo isla quedaban del todo perdidos, acordaron una noche, sin decir á Nicuesa nada, volver atrás, creyendo más al Poniente, por buena razon, estarian. Ida la barca, y constando al triste Nicuesa con su desdichada compañía, cada uno pueda considerar cuál y cuanto sería el dolor, la tristeza, calimiento de espíritu, amargura y perdimiento de toda esperanza, sobre tantos males y angustias que habian padecido, que se les acrecentaría. Dijose que andaban, como personas sin juicio, á un cabo y á otro, dando alaridos, pidiendo á Dios misericordia, que se doliese de sus desventuradas vidas, y también de sus ánimas. Comian hierbas sin conocer si eran malas ó buenas, comian marisco que hallaban por la ribera de la mar, y el mayor tormento fué faltalles el agua, que en toda la isla no la hallaron, si no fué un charco de cienaga, lodoso y de agua salobre. Probaron muchas veces á hacer una balsa de palos ó ramas de árboles para salir de aquella isla á tierra firme, pero no les aprovechó nada, porque como no tenían fuerza para nadar, los que nadar sabian, ni reinos para la balsa, sacóla la corriente grande á la mar, y así tornábanse. Estuvieron en aquella isla muchos días, y según entendí, más de tres meses, muriéndose dellos cada día, de pura hambre y sed, y de las hierbas que comian y del agua salobre, y los que quedaban vivos andaban ya á gatas, pasiendo las hierbas y comiendo crudo el marisco, porque no tenían vigor para poder andar enhiestos. Bien puede juzgar cada uno, de los que esta Historia leyeren, que lo que Nicuesa, para mayor dolor suyo vivia, según lo que padeció con los que con él en aquella carabela vinieron, fué una de la más triste, dolorosa y amarga vida, por ser tan larga, que hombres vivieron

de hambre y sed, y de tanta angustia, que no se les podía imaginar. Llegaron un día de su peregrinacion á la punta ó cabo de una enseñada, ó abra grande, que hacia la mar, y por ahorrir camino acordaron de pasar en la barca, su poco á poco á la otra punta. Ellos pasados, hallaron que aque-

## CAPÍTULO LXVII

Llega una barca con cuatro marineros de los de Nicuesa á donde estaba Lope de Olano y la demas gente.— Despacha Olano un bergantin á recoger á Nicuesa y los que con él habian quedado.— De cómo Nicuesa mandó prender á Olano á título de traidor por no haberlo buscado y socorrido durante tanto tiempo.— Juntanse todos á pedir á Nicuesa que no justificase á Olano.— Muévase Nicuesa y determina mandar á Olano preso y desterrado á España en el primer navio.— Resuélvese Nicuesa á dejar aquella tierra y buscar otro asiento hácia el Oriente donde poblar.— Quedanse algunos á quienes Nicuesa nombra por capitan á Alonso Nuñez.— Llega Nicuesa al puerto de Nombre de Dios en donde determina hacer una fortaleza.— Mandá recoger á los que habian quedado en Belem.— De lo mucho que tuvieron que padecer unos y otros habiendo perecido en su mayor parte.— Llegó la barca con los cuatro marineros, después de muchos trabajos y peligros, donde Lope de Olano estaba y la demas gente, y diéronle cuenta, como, por volver á Nicuesa en su carabela á buscarlo, se habia perdido, y por extenso refirióle los trabajos, hambres y miserias que habian padecido, y en el estado que quedaba en la isla, y que ellos, sin le dar parte, se habian venido á buscar las naos para le poder llevar remedio, porque si se lo dijeran, entendian que no les diera licencia, y así perecieron más años. No hicieron buen sabor á Lope de Olano las nuevas que habia oido, temiendo la ira de Nicuesa, por se hallar reo del desastre acaecido; pero haciendo lo que en sí era, despachó luego el un bergantin, y dentro los cuatro que habian en la barca venido, con algunos palmitos, y de la miseria, que los que allí estaban con él tenian y comian. Ya que estaban todos los que vivos quedaban en la isleta, en el extremo para morirse, vieron venir el bergantin con su refresco de palmitos, con cuya vista comenzaron como á resucitar de muerte á vida, y á tener esperanza de no morir. Rogaban á Dios, cada uno según podia, que llegase á ellos el bergantin, ó que no se le siguiese algun impedimento, que desviase su via; finalmente, plugó á nuestro Señor consolallos con su llegada y vista. Bien se puede aquí juzgar, no tener compacion el gozo que los unos con los otros hobieron, aunque harto mezclado de lágrimas y de tristeza, en verse así, los

unos y los otros, cercados de tantas miserias, y tan disminuidos de las calamidades, en todas partes por todos, padecidas, y las que temian estarles por venir. Sacados los palmitos, comenzaron á dar en ellos y del agua dulce que trujo el bergantin con la comida y bebida, de lo cual no tuvieron chico peligro sobre los pasados; Nicuesa proveyó que en ello tuviesen moderacion y tasa, puesto que no era el que ménos de comida y de bebida tenia necesidad. Embarcáronse todos en el bergantin, al cual no faltaron bravezas de la mar y peligros grandes, ántes que al rio de Belem donde Lope de Olano y los demas estaban, llegase. Ya Lope de Olano, temiendo la ira de Nicuesa, tenia rogado á todos los que con él estaban, intercediesen por él, y á Nicuesa aplacasen. Llegado Nicuesa, mandó prender á Lope de Olano, á título y como á traidor, que lo habia dejado en los peligros tan graves de la mar y de tierra que habia pasado, sin lo ir á buscar y socorrer en tanto tiempo, como era obligado, por se alzar con la gobernacion, de donde habian sucedido tan grandes daños, atribuyéndole las muertes de tantos como habian muerto en ambas á dos partes, porque desde el principio, si presente Nicuesa estuviera, diera otra orden como se remediaran. Increpó con gran enojo, ásperamente, á los principales, que con el Olano habian vivos quedado, imputándoles parte de aquella maldad, porque no lo indujeron y forzaron á que fuese á buscarlo. Aquellos se excusaron diciendo, que no pudieron ni osaron más de obedecelle, pues él lo habia constituido por su Capitan general, y por que temieron que luego mandara justiciallo, juntáronse todos suplicándole que, pues Dios le habia hecho merced, y á todos ellos, en tralle vivo, y de tantos peligros habiéndolo librado, les hiciese merced de perdonaello, en lo cual cada uno de todos ellos la recibian por suya, y para su servicio lo ternia con mayor vínculo de obligacion aparejados. No bastó esto por entónces para blandeallo, sino que le habia de dar de su traicion, según merecia, el pago. Háblale todos, echándose á sus piés, con razones más lastimeras, y que el corazon le penetraron. Deberia bastar, señor, las desventuras que todos habemos pasado, viniendo con vos este viaje, en el cual los 400 de nosotros ya son acabados, y los que restamos vamos camino de acabarnos; para que Dios á vos y á nos, en la vida poca que nos queda, no nos desampare, bien será que

vuestra merced perdone, de lo que se le debe, algo, pues el deudor ya no tiene otra cosa, sino tan poca vida como nosotros, con que pagarle. Porque si las hambres y tanta frecuencia de calamidades nos desminuyen y apocan por una parte, y la justicia rigurosa por otra nos mata, ¿quién, señor, esperais que os sirva y acompañe? No hay duda ninguna, sino que vuestra suerte no será bienaventurada, ni carecereis de mayores trabajos." Movieron á Nicuesa todas estas lágrimas, y dejó de justiciar á Lope de Olano, determinando de, en el primer navío, desterrarlo y enviarlo preso á España.

Y porque ni á Nicuesa, ni á ninguna parte de su compañía, cuando se dividian, ninguna especie de tribulacion y adversidad les faltaba, y ninguna de las que les ocurrían les menguaba, sino que siempre les crecian y se les iban acrecentando, viéndose así caer Nicuesa más y más cada día, y cada hora, en peor estado, hízose de aquí adelante muy impaciente, mal acondicionado é inconvertible; y así trataba muy mal y con aspereza á los pocos que ya le quedaban, no considerando que las hambres, ni angustias que padecían, y verse cada día morir unos á otros, por tormento continuo les bastaba y sobraba. Enviábalos, á chicos y á grandes, enfermos y sanos, á la tierra dentro por ciénagas y aguas, por montes y valles, á saltar los pueblos y de los indios y sus labranzas, para traer á cuenta las cargas de la comida que hallaban; donde hacían y padecían intolerables males. Creían que de industria les trataba mal, por vengarse dellos, por haberlo dejado de ir á buscar, pero esto no lo creo, por estar él asimismo en la misma extrema necesidad. Ya no hallaban en toda la tierra que robar; los indios todos, puestos en armas viéndose dellos así inquietar, hacían tambien contra ellos sus saltos, para si pudiesen acabarlos. Morían cada día, de hambre y de enfermedades, y á tanta estrechura ó penuria vivieron, que 30 españoles que fueron á hacer los mismos saltos, padeciendo rabiosa hambre y hallando un indio, que ellos ó otros debían haber muerto, estando ya hediendo, se lo comieron todo, y de aquella corrupcion quedaron todos tan inficionados que ninguno escapó.

Vistos y padecidos, y padeciendo tambien tanta miseria y trabajos, determinó Nicuesa dejar aquel asiento y tierra, como desafortunada, y mandó que cada uno aparejase su carguilla de alhajas, si algo tenia,

porque quería ir á buscar otro asiento hacia el Oriente, donde poblase. Rogáronle todos, que, porque cada uno tenia sembrado su poquillo de maíz, y otras hierbas para remediarse, y desde á pocos días se había de madurar, que hasta que lo cogiesen la partida dilatase; no quiso aceptarlo. Mandó embarcar los que le pareció, en la carabela que habia hecho Lope de Olano y en los dos bergantines, y dejólos allí, señalándoles por Capitan un Alonso Nuñez, que ya, por Alcalde mayor suyo, habia nombrado; embarcó Nicuesa, con sus velas manda que guien hacia el Levante, y que vayan mirando por la ribera donde parezca algun puerto y buena disposicion de tierra, y andadas cuatro leguas, dijo un marinero á Nicuesa que se quería acordar de un puerto que cerca de allí estaba, el cual vido cuando los años pasados, con el Almirante primero que estas Indias descubrió, vino, y se halló en el descubrimiento de aquella provincia, y de la de Veragua, descubriendo por la costa de aquella tierra firme, y la señal desto, que daba, era que allí en la arena hallarian una ancla medio enterrada, que dejó el Almirante perdida, y cerca de allí, debajo de un árbol, una fuente de agua dulce muy fresca. Fueron allá, y hallaron el ancla y la fuente; y este puerto era al que nombró el Almirante viejo, puerto Bello, como en el cap. 22 dicho queda. Fué loado el marinero de hombre de buena memoria é ingenio, llamábase Gregorio Ginovés. Aquí en este puerto Bello, salieron á tierra ciertos españoles á buscar de comer, porque venían flaquísimos de hambrientos, que no se podían tener sobre las piernas, y en él, y en otras partes que atrás en tierra saltaron, por el mismo fin, los indios les resistían y peleaban con ellos, y mataron en aquel camino, de los españoles, 20; porque no pudiéndose tener de flaqueza ni tener las armas en la mano como podían pelear, aunque sus enemigos fueran las grullas que pelean con los pigmeos.

De este puerto Bello se pasó adelante, al Levante, seis ó siete leguas, á otro puerto, cuyos moradores se llamaban chuchureyes; y porque le pareció que habia en aquel lugar disposicion para hacer una fortaleza, determinó de poblar, y dijo: "Paremos aquí en el nombre de Dios;" y desde allí le quedó el nombre, hasta hoy, el puerto y ciudad del Nombre de Dios, que asaz es bien celebrado su nombre hoy, no tanto por la devocion, quanto por la extraña y

nunca vista ni oída, ni aun soñada cantidad de oro que se ha embarcado para España, venida del Perú; y este puerto fué al que puso el Almirante primero, puerto de Bastimentos, como arriba, en el cap. 23, se declaró. Allí el mismo Nicuesa, con su misma espada, hizo actos de tomar posesion por los reyes de Castilla; comenzó á hacer una fortalecilla para resistir á los primeros Impetus que los indios diesen, para la obra de la cual no perdonó á chico ni á grande, ni á enfermo, flaco, ni hambriento, como, en fin, lo eran. Hacíanse ir á puerto Bello por bastimentos y traellos á cuestras; blasfemaban del y aborrecíanlo, teníanlo por enemigo cruel, ni en obras ni en palabras suyas no hallaban una palabra de consuelo; ibanle á pedir de comer, que morían de hambre, ó á suplicalle que no los hiciese trabajar; porque no podían de descuidados; respondiales, "andá, los al moridero." Moríanse cada día de hambre en los trabajos, cayéndose de su estado, que era verlos una intolerable miseria; después que salió de Belem, dellos en el camino, dellos de los que dejó en el mismo Belem, dellos haciendo la fortaleza en el Nombre de Dios, se le murieron 200 hombres, y así se le consumieron poco á poco los 785 hombres que sacó desta isla Española, de todos los cuales no le quedaron arriba de 100 cuando hizo esta fortaleza. Y esto era fin del año de 1510; por el mes de Diciembre.

La gente que dejó en Belem no andaba en añanzas ni en fiestas, sino, en cinco meses que allí estuvieron, por no poder enviar por ellos á causa de los vientos vendabales, que prohibían que no fuesen los bergantines, vivieron á tanta hambre y penuria, que ni sapos, ni ranas, ni lagartos, ni otras cosas vivas, por sucias que fuesen, no dejaban de comellas. Cayó uno de ellos en un grande aviso, que fué rallar los palmitos, como si fuera yuca, y hacer harina dellos, y después, echando en un horno, hacíanlo tortas, de la manera propia como se hace el pan cazabi en esta isla; lesque vieron hecha una torta, todos los demás corrieron á ella, y como si viniera del cielo así la recibieron. Fuéles á todos aquella invencion singularísimo remedio, para que todos no muriesen; al cabo, envió por ellos la carabela, Nicuesa, y así vinieron al Nombre de Dios. Venidos, envió á un Gonzalo de Badajoz, con 20 hombres, á las poblaciones de los indios á saltar y captivar los que pudiese, para enviar á esta isla por

esclavos; porque con este sacrificio le ayudase Dios en lo porvenir, como le habia ayudado y ayudaba en lo presente. Acordó de enviar y envió á un deudo suyo, en la carabela, para esta isla, que le llevase los mil tocinos que dejó haciendo en la villa ó puerto de Yaquimo, y otros bastimentos, pero nunca gozó dellos, y se perdieron, porque, segun se dijo, el Almirante Don Diego impidió que no se los llevasen, y puesto que se los llevaran no le hallaran vivo; y aun no supe si llegó acá la carabela. Envió al dicho Badajoz, con 50 hombres á robar bastimentos por las comarcas de aquella tierra, donde habia hartos escándalos, y mataba y le mataban gente. Comidas todas las labranzas de toda aquella tierra, y los indios corridos por los montes, huyendo y juntándose para defenderse, y siempre aparejándose para guerra, ni sembraban ni cogían, y así los unos ni los otros no tenían remedio; pero porque los indios se contentaban con poco, y tienen y hallan fácilmente, de sus hambres, cuando andan sueltos, remedio; y nosotros no así nos contentamos, ni pasar como ellos podemos, llegó Nicuesa, y los pocos que con él estaban, á necesidad de hambre, y enfermedades tan extrema, que no se hallaba uno que velase de noche, que llaman centinela los hombres de guerra. Desta manera cada día se le morían y consumían los pocos que ya eran.

## CAPITULO LXVII.

Colmenares y los mensajeros llegan á Nombre de Dios, y manifiestan á Nicuesa de cómo los del Darien le enviaban á suplicar que fuese á gobernarlos.—Imprudencia de Nicuesa, quien públicamente dijo que habia de castigar y quitar á los del Darien el oro que habian recogido sin su licencia.—Habla Lope de Olano con los que vinieron del Darien, indisponiéndolos con Nicuesa.—Adelántase una carabela con el bachiller Corral y Diego Albitez, los cuales avisan á los del Darien de la mala disposicion en que venia Nicuesa.—Embarcase éste y despacha de unas isletas á Juan de Cayzedo á anunciar su llegada al Darien.—De cómo Cayzedo desempeñó su comision.—Alborótanse los del Darien.—Llama Vasco Nuñez á los principales, uno á uno, persuadiéndoles á que no recibieran á Nicuesa, y en seguida llama en secreto á un escribano, ante el que hizo protesta de que no tenía parte ninguna en lo que contra Nicuesa se hacia.

Estando Nicuesa y su poca gente, que

de tantas miserias y hambres y calamidades le habia quedado, en el extremo y angustia que habemos contado, llegaron los mensajeros, con Colmenares, de los del Darien, con quien lo enviaban á llamar para que los gobernase; y porque, como ya se dijo, venian á buscarlo sin saber donde estaba, pasábanse con su nao de luengo de costa, y del puerto de Nombre de Dios, si no fuera por un bergantín que Nicuesa habia enviado á las isletas que allí junto estaban por bastimento, que tambien se llamaban islas del Bastimento, por ser fértiles y tener muchas labranzas. Los que estaban en el bergantín vieron venir la nao, que no poco consuelo y alegría, de verla, tomaron; fueron luego á ella, donde los unos á los otros de su propio estado y propósito informaron. Fueronse luego al puerto del Nombre de Dios, donde Colmenares y los que con él venian, de ver á Nicuesa y á 60 personas (que ya no le quedaban más de 700 y tantos que trujo), que haciendo la fortaleza con él estaban, tan flacos, tan descaecidos, rotos y casi desnudos y descalzos, y en toda miseria y tristeza puestos, quedaron espantados. No faltaron lágrimas, llantos grandes y espesos, de ambas á dos partes, mayormente oídas las hambres, las muertes y tan infelices desastres; Colmenares, con gran compasion, cuanto podia, con palabras dulces y amorosas, dándoles esperanza de que Dios los remediaria, en cuanto le era posible á Nicuesa consolaba, mayormente diciéndole como los del Darien le enviaban á suplicar que fuese á gobernarlos, donde habia buena tierra y tenían de comer, y oro no faltaba, y allí descausaria mucho de los muchos y grandes trabajos pasados.

Con esto, Nicuesa tomó algun resuello y descanso, y con los mantenimientos que le traia y trujo, desterró de su pobre casa la hambre, dando increíbles gracias, por tanto consuelo y socorro tan tempestivo, á Colmenares; y dijeron que aquel día, guisada una gallina de las que Colmenares trujo, por el alegría la cortó en el aire, porque, como arriba se tocó, era Nicuesa muy gran trinchante, oficio y gracia en casa de los grandes señores. Los tiempos pasados, no poco estimada. Pero como la prudencia de los hombres, cuando Dios no la infunde, ser prudentes quanto hombres muchas veces les aprovecha poco; y otras muchas les daña, á Diego de Nicuesa, á quien cognoscí yo, que en esta isla, de prudente fué muy estimado, y era en ella uno de los más princi-

pales, hobo, al mejor tiempo, de faltalle. ¿Quién pudiera pensar, de los que á Nicuesa cognoscieron, que estando en tan desventurado estado, donde cada hora morir infelicisimamente, no como quiera, sino en amarguras grandes, y de angustias dolorosísimas cercado, esperaba, enviándolo á llamar para subjectársele los que pudieran bien dejarlo, sacándolo de todos aquellos males, que acabadas las lágrimas y llantos que tuvo con Colmenares, luego públicamente dijese que los habia de tomar el oro que habian en aquella tierra, sin su licencia y beneplácito, habido, y sobre todo ello castigallos? ¿Qué mayor imprudencia pudo hallarse, y qué yerro, en tal tiempo, á éste puede ser comparado? E ya que los otros fueran dignos, como eran, de ser despojados del oro que habian robado, y por ello castigados (no por la injuria que hicieron en ello á Nicuesa, pues él tambien robaba, y por esto castigallos él muy poco curaba, como ciego como los otros, sino por roballo á sus dueños, y las muertes y escándalos que en la tierra y gentes della causaban, por los cuales tambien Dios á él castigaba), al ménos, hasta que fuera rescibido, disimulara.

Pero como Nuestro Señor tepia determinado de lo castigar con su total fenecimiento, por la matanza que hizo en Cartagena, y por las que tenia en la intencion de hacer por aquella su gobernacion de Veragua, y aun por los sudores que llevó á los indios desta isla, y las vidas de los que por sacarle oro murieron, y por los saltos que hizo en la isla de Sancta Cruz, captivando injustamente los indios que allí tomó y vendió en esta ó en la de Sant Juan por esclavos, por eso, para cumplirse la voluntad y sentencia de Dios en él, no habian de faltar ocasiones ni achaques. Hizo tambien otro yerro grande, y este fué dejar ir una carabela, y los que en ella fueron, delante, diciendo que él queria ir á visitar ciertas isletas, que por aquella mar, en el camino, estaban. Dijose que aquella noche Lope de Olano, que Nicuesa traia siempre preso, habló con algunos de los que vinieron del Darien, indignándolos, y que dijo al tiempo del embarcar públicamente: "¿Piensa que le han de rescibir los de Hojeda como nosotros le rescibimos, cuando yepia perdido en Veragua?" Embarcóse, pues, en el Nombre de Dios en un bergantín, enviando la carabela delante, donde iba el bachiller Corral, y Diego Albitez, y otros, que avisaron de lo que habia dicho

## CAPITULO LXVIII.

de tomarles el oro y castigarlos, y de como era cruel y riguroso, y tractaba, los que consigo traia y estaban, mal, y otras cosas, cuantas pudieron para mudarles los ánimos; y llegado á las isletas, envió delante al Veedor del Rey, llamado Juan de Cayzedo, ó Quizado, en una barca, que de secreto era su enemigo por ciertas cosas de su honra, en que de Nicuesa se tenia por muy agraviado, para que dijese á los del Darien como ya iba, como si le hobieran de salir á rescibir con arcos triunfales. El Veedor Quizado no vió la hora de verse fuera de su poder, lo que muchos días habia que deseaba, y, llegado al Darien, impropere mucho á todos los que pretendian que Nicuesa los gobernase, diciendo, ¿que cómo habian osado incuérir en tan grande error como era, siendo libres, querer someter á la gobernacion de Nicuesa, que era un tirano, el cual era el peor hombre del mundo y más cruel, y que peor trata los que consigo trae, á los cuales toma todo lo que en la guerra contra los indios se toma, diciendo que todos los despojos son suyos, como traia propósito de hacer con ellos, como verian, y por ello castigallos, porque todo lo habian tomado en aquella tierra que era de su gobernacion? y otras palabras y razones terribles que los asombraban. Pues como los del Darien oyese tan duras nuevas, por tantos testigos relatadas, temiendo ser maltratados, y amigos de libertad y de no tener sobre sí yugo y superioridad, que para su robar y adquirir oro, les fuese á la mano, poca persuasion era menester para movellos y alborotallos. Convertíanse contra sí mismos, de sí mismos quejándose, porque tan inconsideradamente determinaron llamarlo. Quien más en no rescibirlo á todos solicitaba fué Vasco Nuñez, porque más que otro creia que, aceptándolo, aventuraba. Dijose que llamó á todos los principales uno á uno, sin que el uno supiese del otro, y los persuadió á que, pues habian errado en llamalle, que lo remediasen con no recibillo; llamó al escribano secretamente la misma noche, é hizo una protestacion, y pidió testimonio como él no era en lo que contra Nicuesa se hacia, antes estaba presto y aparejado para obedecelle y hacer lo que le mandase, como Gobernador del Rey.

Llega Nicuesa al Darien en donde encuentra á los españoles en armas requiriéndole que se tornase á su gobernacion.—Llámanle al día siguiente y luego que desembarca tratan de prenderlo, pero Nicuesa se escapa corriendo.—Vasco Nuñez, cambiando de parecer, trabaja en vano porque se reciba á Nicuesa.—Enviale á decir que se recoja en sus bergantines y que no volviese á salir mientras no le viese.—Llegan del pueblo á decirle finalmente que habian determinado de recibirle por Gobernador.—Engañado Nicuesa sale de sus bergantines é inmediatamente le prenden.—Hácenle jurar que se partiria luego y no pararia hasta presentarse en la corte ante el Rey.—Métenle preso en el peor bergantín, sin que se volviese á saber de él ni de los pocos que le acompañaron.—Conclusion del libro segundo.

Detúvose Nicuesa por aquellas isletas ocho días, captivando algunos indios de los que vivian en ellas, y quizá todos cuantos podia, sin haberle á él ni á otro alguno ofendido, para que Dios hiciese bien sus hechos. Llegado, pues, Nicuesa, al desembarcadero del Darien, vido á Vasco Nuñez á la ribera con muchos españoles armados, y uno, que debía ser procurador del pueblo, que á altas voces le requeria, que no desembarcase saltando en tierra, sino que se tornase á su gobernacion, á Nombre de Dios, donde antes estaba, lo cual oido por Nicuesa, quedó como pasmado, sin poder por un rato hablar palabra, de ver tan súbita y contraria, de lo que traia en el pecho asentado, mudanza. Recogido en sí, dijoles: "Señores, vosotros me habeis enviado á llamar, y yo á vuestro llamado vengo, dejadme saltar en tierra y hablaremos, y oirme heis y oiros he, y entendernos hémos, y despues haced de mí lo que por bien tuviéredes." Ellos, repitiendo los mismos requerimientos, y protestando, que si descendia en tierra, que habian de hacer y acontecer, y aun soltándose cada uno con más libertad de la que era decente en algunas palabras, porque era tarde apartóse aquella noche á la mar, desviado de la tierra, dejándolos ver si otro día estarian de aquel intento; los cuales, no sólo no se mudaron de su primera determinacion, pero, empeorándose, deliberaron de prenderlo y echallo donde dañar no les pudiese. Otro día llamáronlo para prendelle, salió en tierra, y arremetiéndolo como desvarian-